

MÓNICA VISIEDO ROBLES

NILO PALENZUELA

A finales de 2004, quizás a comienzos del año siguiente, leía en una librería unos relatos con un título sugestivo y que evocaron las *Memorias póstumas del Bras Cubas*, de Machado de Assis. No tenían el sentido narrativo del brasileño, pero sí cierto humor y un tono directo, casi fragmentario, que los hacía fácil a la lectura y realmente seductores. No adquirí entonces el libro. Regresaría a buscarlo meses más tarde.

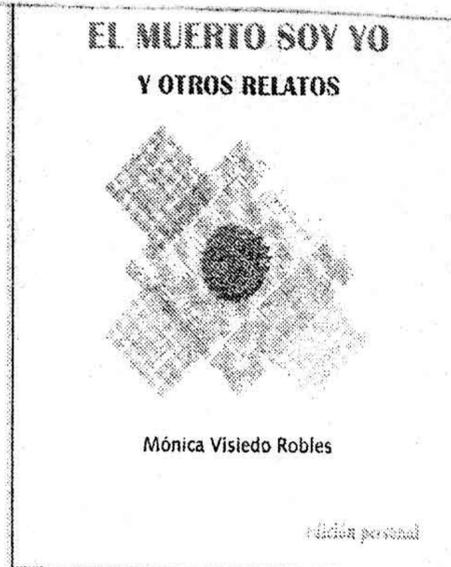
Lo leo cada año. Lo hallo siempre en lugares imprevistos en la biblioteca, como si lo hubiera abandonado allí para volverlo a encontrar. Sé que le debo al menos un texto y siempre, a finales del verano, pienso en escribirlo. Pero el tiempo pasa, aunque el libro persiste y, como un enigma, reaparece. En todos estos años lleva "grapado" en su primera página un recorte de periódico del 23 de septiembre de 2005. Es la manera de recordar que se pasa una fecha.

El libro, en efecto, evoca la risa de Machado de Assis, pero es otra cosa. Lleva por título *El muerto soy yo y otros relatos* y se encuentra cerca, sobre todo, de los "cuentos cortos" (*short stories*) de los narradores norteamericanos de los años 40 y 50 del pasado siglo y, también, de sus herederos. En México serían muchos los que tomaron aliento en este espacio de la narración y aún los que aportaron variedad e intensidad al género. Algunos contribuyeron a su éxito; pienso en Max Aub, en Juan José Arreola, en Augusto Monterroso. En España, el género es hoy más transitado, sobre todo a espaldas de lo que ha dado en llamarse microrrelato.

El muerto soy yo y otros relatos está escrito por una mujer nacida en 1970, que

ha estudiado psicología y que se gana la vida en un diario de Tenerife. Es su primer libro y el único; y en él pueden hallarse suficientes ejemplos de agudeza e ingenio a la hora de elaborar un relato. Así, extrae del mundo cotidiano perspectivas inesperadas que recrean y hacen crecer una experiencia bajo el signo de la imaginación y el humor. Los personajes de cada breve historia se expresan a menudo en primera persona, son mujeres y hombres que toman un taxi, callejean, se levantan tarde, toman alguna droga, quieren robar o son locos que imaginan una jaula de leones como espacio de celebridad, o son muertos que hablan de su alrededor, o monjas arrepentidas, mujeres despechadas, un cerdo en Navidad, un perro que tiene una relación de amor imposible. Al final, la narradora, como en un juego de prestidigitación, extrae un ángulo imprevisto que provoca risa al tiempo que dirige la reflexión al absurdo de la experiencia. La vertiente periodística y el estilo directo de la autora terminan por abrir un paréntesis de escritura que es esencialmente de naturaleza creativa, una manera de moverse con los ojos todavía abiertos, capaces de sentir la magia cotidiana y de hacernos pensar.

El libro está publicado en Madrid en 2003. Es un libro de veinticinco relatos. Es una de estas obras que, como otras de mayor proyección mediática, pueden caer en olvido. En mi biblioteca, no obstante, aparece aquí y allá, a veces se oculta debajo de una carpeta; otras, entre novelas y ensayos, pero siempre reaparece. En la lectura de cada año vuelvo a confirmar, además, que está lleno de aliento poético y que casi sería impensable una antología del cuento contemporáneo en Canarias sin la selección de alguna de sus historias. A cada vuelta confirmo, asimismo, que



El libro, en efecto, evoca la risa de Machado de Assis, pero es otra cosa. Lleva por título El muerto soy yo y otros relatos y se encuentra cerca, sobre todo, de los "cuentos cortos" (short stories) de los narradores norteamericanos de los años 40 y 50 del pasado siglo y, también, de sus herederos

puedo leerlo junto a obras de escritores más conocidos dentro de su especificidad genérica, por ejemplo junto a los relatos de Donald Barthelme, el escritor norteamericano también vinculado al periodismo. Advierto entonces que la voz de la narradora sigue repleta de frescura, de gracia. *El muerto soy yo y otros relatos* es una publicación que admite la relectura.

Mi vuelta sobre los cuentos en el otoño de cada año tiene además que ver con el final trágico de su autora: Mónica Visiedo Robles muere en un accidente de tráfico, el acontecimiento del que dio cuenta la prensa y que me hizo volver rápidamente a la librería para comprar el libro que me había sorprendido meses antes. Releo aquella conmovedora información. Mónica Visiedo Robles muere en septiembre de 2005. No hacía mucho había desaparecido en otro accidente de tráfico Carlos Salvador, un joven escritor que había sido mi alumno en la Universidad de La Laguna, y que ponía ante los ojos, como ella más tarde, que la literatura escrita entre nosotros comenzaba a salir de los tópicos. Sin duda, Mónica Visiedo Robles escribe con absoluta libertad y de manera ejemplar. "A Mónica -escribió entonces Alfonso G. Jerez- le gustaba Chéjov, le gustaba Calvino, le gustaba Quin Monzó. Maestros los tres de la brevedad, de lo efímero, de la ligereza, del humor triste que sabe llegar a la carcajada..." Hoy sé que *El muerto soy yo y otros relatos* puede estar en cualquier biblioteca y volverá a aparecer cíclicamente, y hablará otra vez de nuestra fugacidad con humor, con sus "historias cortas", con la escritura ágil de una generación que dejaba atrás los prejuicios y las quimeras de los que nacimos durante la Dictadura.

(La Laguna, octubre de 2010)